

Miente, miente, que algo quedará.

En este mundo en que todo se transforma en algo relativo, la vida de todas las personas se cubre con un manto de falsedad que nos lleva a justificar todo, pues “son sólo mentiras blancas y no afectarán a nadie”. Error. Una mentira, en esencia, es una afrenta al orden natural de las cosas. El problema es que como absolutamente todos tenemos nuestras faltas o incapacidades y tememos que nos las sorprendan, justificamos las que son mayores.

Nuestro país ha perdido la capacidad de sorprenderse de cuanta cosa ocurre a nuestro alrededor. Los robos con y sin corbata están a la orden del día y llamamos pillos e inteligentes a los que los cometen y, si han logrado eludir la acción de la justicia, es porque están mejor asesorados o tienen una suerte impresionante.

Por ello cuando vemos debates y donde cada uno de los concurrentes oculta de la mejor manera posible sus propias turbaciones, no nos quejamos pues todos tienen sus propios pesares y ya sus mentiras las aceptamos como parte de su esencia. Para impresionar a un votante basta exponer cualquier hecho, cualquier imagen aunque los gráficos exhibidos aparezcan desproporcionados en base a la realidad que pretende atacar.

Entonces no sólo se falta a la verdad, se recurren a otros conceptos, sabiendo que la masa es inculta cívicamente y que no se gasta un minuto o menos en tratar de buscar el trasfondo de un planteamiento determinado. Los discursos están centrados en la masa que está dudando de ir a votar. ¿Para qué ir si ya la carrera está corrida? ¡Mejor me quedo en casa! Y los resultados de la noche mostrarán la realidad. Una abstención de más del 50 % mostrará la desidia de la gente a buscar resolver sus propios problemas.

La ciudadanía se ha comprado una mentira encubierta. Le han obligado a creerse el cuento de que no hay nada más que hacer por nuestro país, por nuestra política y por sus representantes, los cuales son, una vez más, los mismos de siempre: La derecha compite con los mismos apellidos de la colonia, sólo que en segunda generación: Belollio, Melero, Coloma, Alessandri, Mackenna y cuanta rancia oligarquía, frente a los que aparecen profitando del sistema desde niños. No han podido concebir una vida sin el poder. Nos mienten y le compramos todo, como si fuera una oferta de supermercado.